

el negocio se defendió tan malamente, que su defensa equivalía á una confesion.

El problema no tuvo en Roma mejor suerte que en París, pues allí fue condenado el 2 de Julio de 1700 por un decreto del santo oficio. Empero un decreto mucho mas ruidoso, emanado de allí mismo en el año anterior, ocupaba toda la atencion de la Francia, dividida por la admiracion entre las dos águilas, si es permitido hablar así, de su clero. Nadie hablaba entonces mas que de la censura que se habia pronunciado en Roma contra el famoso libro de la *Esplicacion de las máximas de los Santos sobre la vida interior*, compuesta por Fenelón, é impugnada por Bossuet.

25. Despues de la conclusion pacífica de las conferencias de Issi, y la sumision sincera de madama Guyon, parece debia esperarse que la paz estaba restablecida para siempre. Pero ni los agresores, ni los defensores de lo que se llamaba puro amor, estaban contentos con lo que se habia determinado hasta entonces para defender de toda ilusion la vida interior, y para acreditar sus máximas mas perfectas. Ya hemos visto que el obispo de Meaux, confesando desde luego que habia leído poco los libros místicos, no tuvo dificultad en tomar conocimiento de ellos en la análisis que de los mismos libros hizo á este efecto el piadoso abad de Fenelón. Pero Bossuet, hombre á propósito para todo, y dotado en particular de un talento único para presentar con claridad las mas sublimes materias de la teología, sin disminuir en nada su

elevacion, se halló muy pronto en estado de tratar de la vida mística, como maestro profundo y como orador interesante. Ofreció al público el plan de una obra que abrazaba esta materia espinosa en toda su estension, estableciendo los pincipios de la verdadera oracion, examinando la naturaleza y el mérito de las oraciones extraordinarias, é indicando las pruebas que hace Dios de las almas contemplativas, y los escollos que éstas deben temer. Sin embargo, de las cinco partes que debian formar este tratado completo de la teología mística, no escribió, ó á lo menos no publicó, mas que la primera. En ella, para mostrar lo verdadero y lo falso con respecto á los varios estados de oracion, esponia el autor los errores de los nuevos místicos, y esplicaba la razon por qué habian sido condenados. Esta primera parte, dividida en diez libros, se halla entre las obras de Bossuet con el titulo de *Instruccion sobre los estados de oracion*.

Mientras Bossuet trabajaba infatigablemente en esta grande obra, Fenelón, por su parte, estaba ocupado en escribir una obra contraria, que no creia menos útil. Proponíase en ella vengar á los que llamaban nuevos místicos de las imputaciones infames que se acumulaban contra ellos, y demostrar que su doctrina nada tenia que ver con la de Molinos, ni debia dar ningun cuidado. Pretendia que los contemplativos mas respetados en todos los siglos, se habian valido de espresiones tan extraordinarias como los modernos, á quienes tanto se procuraba desacreditar; y que era injusto tomar estos términos al pie de la letra en los

escritos de unos, y no en los de otros. No dejaba de haber alguna verdad en estos principios. ¿Pero á cuántos escollos esponia su aplicacion?

26. Luego que el obispo de Meaux concluyó la primera parte de su obra, que es lo único que ha llegado á nosotros, pidió á Mr. de Fenelón, á quien acababa de consagrar arzobispo de Cambray, que la honrase con su aprobacion, como lo habian hecho ya el arzobispo de París y el obispo de Chartres. Esta deferencia fue muy sospechosa para el nuevo arzobispo, porque le habian avisado de varias partes que el obispo de Meaux se gloriaba con sus amigos de haberle obligado á renunciar sus errores, y que queria sacarle una retractacion, á lo menos indirecta, y bastante auténtica para obligarle por principios de honor á no escribir sobre el mismo asunto. No tenia él la menor duda en que habia de conseguir la aprobacion. Pero el arzobispo de Cambray, que se disponia á marchar á su diócesis, apenas dió una ojeada al manuscrito que le habian dejado, miró la aprobacion que se le pedia como un lazo que se armaba á su buena fe, y como un documento que querian sacarle para deshonrarle á él y á sus amigos.

Vió con sorpresa que el autor tiraba principalmente á realizar la suposicion de una heregía disfrazada, que en nada se diferenciaba de la que habia condenado Roma en los escritos de Molinos; y que referia muchos pasages sacados de los libros de madama Guyon, á los cuales atribuia los sentidos mas horribles del molinismo, aunque el obispo de Meaux

habia justificado la fe de esta señora con una certificacion auténtica, y asegurado que en esta clase de materia no se trataba de las consecuencias remotas que pueden deducirse de un principio, ni de algunos modos de hablar que son exagerados, pero pueden reducirse á una espresion exacta. Declaró, pues, con la franqueza que le era característica, que no aprobaria una obra escrita de intento para difamar á una muger, á quien habia estimado y tratado con aprecio delante de muchas personas de carácter que tenian confianza en él: que si se llegaba á ver su nombre en semejante obra, el efecto que de aquí resultaria seria renovar la memoria de las conexiones que habia tenido con aquella señora: que se interesaba poco en sus escritos; pero que un obispo debia, por su propia reputacion, por caridad y por justicia, no reconocer auténticamente que hubiese enseñado errores monstruosos y dignos de un castigo egemplar, estando convencido, como lo estaba, y como ella misma lo habia declarado tantas veces, de que jamás habia sido esa su intencion.

Por tanto, se resistió invenciblemente á hacer cosa alguna por donde pareciese que el obispo de Meaux le habia sujetado á su carro en el pretendido triunfo contra el quietismo; y mereciéndole mas atencion la injuria de sus amigos, á quienes se pintaba con los mas negros colores, que su interés propio y los muchos riesgos á que iba á esponerse, continuó su obra, y la tenia en disposicion de publicarla en caso necesario, para mostrar cuán diferente era la doctrina de

sus amigos de la que se les imputaba. Entretanto se quejó amargamente el obispo de Meaux de que le hubiese negado la aprobacion que habia pedido: pretendió que esto era un asunto de obligacion y conciencia, y quiso persuadir que iba á haber un cisma en el episcopado, que el público penetraria la causa de esta division, y que de aquí resultaria un verdadero escándalo. Pero, á pesar de todas sus declamaciones, el arzobispo de Cambray permaneció firme en su primera resolucion; pues era manifiesto que la negativa de la aprobacion estaba muy oculta hasta entonces, y no podia indicar la menor desavenencia entre los dos prelados sino en cuanto llegase á divulgarse. El obispo de Meaux era dueño absoluto del secreto, y le era tan fácil obviar el escándalo como guardar silencio. Mas no pudo contener su resentimiento, ó á lo menos no se detuvo en hablar. Tal fue, segun la opinion de varias personas instruidas é imparciales, la primera causa de esta triste contienda.

27. Otros muchos escritores pretenden hallar la causa de esta contienda en los celos de un prelado, que habia llegado á lo sumo de la gloria episcopal y literaria, contra un obispo joven, cuya extraordinaria reputacion de espíritu y de ingenio unida á sus virtudes, tanto mas amables, quanto mas puras y menos corrompidas, parecia destinarlo á los puestos mas elevados y á las mayores empresas, principalmente habiendo conseguido en la flor de su edad, con una distincion sin egemplo, el cargo de preceptor de los hijos del Rey. Habian ya concurrido los dos

y disputádose el titulo de limosnero mayor de la duquesa de Borgoña, y aunque lo obtuvo el anciano prelado, se dice que jamás miró ya con buen ojo á su joven rival. Añádese, que hechándose en cara mutuamente la pluralidad de beneficios, no pudo ver Bossuet con paciencia que su contrario hiciera la renuncia de un abadiazo y de un mediano priorato cuando fue promovido al arzobispado. Mas el piadoso Fenelón no aceptó el arzobispado sino con la condicion de residir nueve meses cada año en su diócesis, esto es, no estar junto con sus augustos alumnos sino los solos tres meses de vacante que permiten los cánones, lo que en cierto modo pudo tomarse como una censura de la conducta de Bossuet.

De aquí nacieron todas las acusaciones de los amigos del arzobispo de Cambray, y aun de muchos imparciales, contra la pureza y desinterés del celo ardiente del obispo de Meaux en combatir el nuevo quietismo. Por el contrario, los amigos de Bossuet han clamado, como contra una injuria y calumnia, contra la acusacion de envidia, de venganza y de los mas viles sentimientos en un prelado, cuya gloria no podia recibir nuevas creces; que miraba cualquiera otra reputacion muy inferior á la suya; que ocupado toda su vida en combatir á los enemigos de la religion habia salido siempre victorioso; que, en fin, manifestaba sin cesar no tener otro interés que los de la Iglesia y de la virtud. A estos elógios tan bien fundados, y en los que nada se podia reprender, replicaban sin embargo los contrarios, que la pasion de

gloria, mas que otra alguna, jamás dice *basta* que el hombre constituido en el mayor grado de elevacion, teme tanto ver á otro que se le sienta al lado y corre parejas con él, cuánto le seria insufrible, estando en un grado inferior, ver á otro elevarse sobre él.

Sin tomar partido en esta lid, que la historia solamente debe esponer y referir su estado con sencillez, tornemos la vista hácia el gran principio de la caridad y de la prudencia evangélica, á saber, que á Dios solo pertenece penetrar el fondo del corazon humano. Observemos no obstante por una parte, que los grandes hombres tienen comunmente grandes debilidades, y por otra, que las almas sensibles, aun las mas piadosas é ingenuas, raramente dejan de dar en la exageracion cuando la viveza del dolor les hace prorumpir en lamentos. Así que, para no asegurar lo que no sea justo ni cierto, atendamos á lo que han hecho y publicado ambas partes. El que quiera juzgar sobre estos fundamentos, despréndase de todo espíritu de partido, y no decida sino por confesiones espresas ó por hechos cuya consecuencia sea concluyente.

Lo cierto es, que Mr. Bossuet quedó sumamente resentido de que se hubiese negado la aprobacion á su obra; y él mismo lo manifestó en otra que escribió despues intitulada: *Relacion sobre el quietismo*. Pero todo se hubiera acabado en paz, si Mr. Fenelón hubiese podido desprenderse de la preocupacion en que estaba acerca de la necesidad de justificar á los místicos

cuyas especulaciones, por lo comun ininteligibles aun á los teólogos, esceden absolutamente la capacidad de la mayor parte de los fieles. Mas estando firmemente persuadido de que en esta vida se puede amar á Dios continuamente y únicamente por sí mismo, sin ningun motivo de temor ni de esperanza, se creia obligado á persuadirlo á los demás, aunque en realidad era indubitable que erraba segun todos los principios; porque esta perfeccion consumada solo pertenece á los bienaventurados que están en el cielo. Con cuyo motivo se puede decir, que si hay errores honrosos y faltas felices, con dificultad podria haber otra que hiciese mas honor al alma para que habia incurrido en ella por un exceso de piedad. Pero cuán caro la costó este honor, viniendo á ser para ella un manantial inagotable de disgustos y de infortunios, ó para hablar con mas exactitud, de tribulaciones y de pruebas, muy á propósito para desengañarla con la esperiencia de que el amor mas puro puede acrisolarse mas y mas mientras estamos en este mundo!

El primer designio de Mr. Fenelón habia sido únicamente explicar los treinta y cuatro artículos de las conferencias de Issi, añadiendo á cada uno de ellos los dictámenes y aun las espresiones de los autores espirituales, universalmente respetados. El autor comunicó su escrito á Mr. de Noailles y á Mr. Tronson, que habian sido comisionados en las conferencias, y nada hallaron que censurar en él; pero no le pareció oportuno comunicarle al tercer comisionado, esto es,

á Mr. Bossuet, despues de haber negado su propia aprobacion á una obra de este prelado. He aquí otro nuevo manantial de disgusto y resentimiento. No obstante, el arzobispo de Cambray se dispuso á publicar su libro. Ya le estaba revisando con este objeto, y creyó que no era suficiente para el plan que se habia propuesto. Dióle mas estension, y al mismo tiempo mas órden, conexion, nervio y solidéz. Con esta nueva forma, que en la sustancia no se apartaba de la primera, ó á lo menos conservaba su idea principal, se reducía toda la doctrina de los místicos á cierto número de máximas, y cada una de ellas estaba corroborada con la autoridad de los escritores mas célebres en esta materia, así antiguos como modernos. Estos pasages servian á un mismo tiempo de prueba y de esplicacion á la máxima á que correspondian. Dispuesta así la obra, fue examinada otra vez por Mr. de Noailles, á quien pareció demasiado larga y recargada de citas, y por lo mismo exhortó al autor, y consiguió de él que la abreviase, ó por mejor decir, que la mutilase y enervase.

De esta suerte la docilidad del arzobispo de Cambray echó á perder su obra, como que la supresion que hizo en ella, especialmente de las autoridades de una infinidad de autores respetables, la despojó de su principal fuerza, y por decirlo así, de su salvaguardia. Antes de esta supresion no era posible impugnarla sin impugnar al mismo tiempo á los místicos mas profundos y santos de todas las edades; y despues de ella podia ser embestida por todas partes, sin

que la guardase la menor defensa. No es esto decir que la Iglesia, siempre iluminada por el Espíritu Santo, no hubiera descubierto el error de cualquier modo que se hubiese presentado; pero como el sentido del autor, ó el sentido literal y natural de una proposicion, que es el único de que juzga la Iglesia, depende principalmente de lo que la acompaña, precede y sigue, en una palabra, del contesto general del escrito, lo que se juzgó erróneo en el libro de las máximas despues de las supresiones de que hemos hablado, hubiera sido quizá juzgado de otro modo antes de una alteracion que le habia quitado toda la série y trabazon de que constaba al principio.

28. Como quiera que sea, la obra así desfigurada volvió á entregarse á Mr. de Noailles, quien la tuvo en su poder tres semanas, en cuyo tiempo la examinó atentamente con dos teólogos hábiles, á saber, los doctores Beaufort y Pirót, el último de los cuales era muy adicto á Mr. Bossuet. Indicaron al autor algunos pasages que les pareció debian retocarse, y el arzobispo de Cambray, con su acostumbrada docilidad, hizo inmediatamente en presencia de monseñor de París todas las variaciones que parecieron del caso. Además exigió Mr. de Noailles que esta obra no se publicase antes que la de Mr. Bossuet, y la sencillez generosa de Fenelón le movió tambien á convenir en ello. Dió palabra de hacerlo así; y estando para marchar á su diócesi, encargó mucho á unos amigos, á quienes dejó el manuscrito para que cuidasen de la impresion, que observasen religiosamente su promesa;

pero por un conjunto de circunstancias, cuya relacion es inútil cuando menos, estos amigos se creyeron obligados á proceder con mas desconfianza que el autor; y así la obra del arzobispo de Cambray, intitulada: *Esplicacion de las máximas de los santos sobre la vida interior*, se publicó algunos meses antes que la *Instruccion* del obispo de Meaux sobre los estados de oracion.

29. Pero apenas se vieron algunos egemplares de las máximas, se levantó una gritería espantosa contra esta obra. Prueba de ello es lo que sigue, y tambien puede dar algun conocimiento de la causa que hubo para tanto estrépito. „La ciudad y la córte (dice Mr. Bossuet), la Sorbona, las comunidades, los sábios, los ignorantes, los hombres, las mugeres, todas las clases del estado sin escepcion, se indignaren del refinamiento de espresiones, de la novedad inaudita, de la entera inutilidad y de la ambigüedad de esta doctrina. En efecto, se esclamaba públicamente, que la nueva obra era el quietismo puro, aunque oculto y disfrazado con mucho artificio: que era una justificacion escandalosa de una muger y de una doctrina justamente difamadas, y que no hacia mas que adornar con bellos colores la exclusion de la esperanza cristiana, y la indiferencia en órden á la salvacion (1).”

Despues que se oyó esclamar á este oráculo del clero, que la nueva Priscila habia encontrado su Montano (2), ¿quién temeria escederse en la espresion

(1) *Relac. del Quietismo.* (2) *Ibid. p. 280.*

de sus inquietudes y recelos? Y cuando se vió á un hombre tan grande postrarse á los pies del Rey, llorando y pidiendo perdon á su Magestad de no haberle revelado antes las prácticas de los nuevos molinesistas, ¿cuál debió ser el horror y la indignacion de un Monarca que tomaba tanto interés por la religion, al ver que se le mostraba un enemigo capital de ella en el preceptor de los Príncipes, sus nietos? La mayor parte de los cortesanos acompañaron al Monarca en su sobresalto. Los prelados mas perenes en la córte, ó los mas ambiciosos, hablaron con toda la vehemencia que puede inspirar la emulacion del favor. Muchos señores que envidiaban á los que eran conocidos por su adhesion al arzobispo de Cambray, y particularmente á los duques de Chevreuse y de Bovilliers, hicieron todo lo posible para que fuesen comprendidos en su desgracia.

Sin embargo, aunque el obispo de Meaux se hallaba á la cabeza de un partido abandonado á estas pasiones odiosas, de ningun modo pensamos en atribuírselas, antes bien nos complacemos en creer que un prelado tan ardiente por la fe que habia defendido toda su vida, se dejó arrebatado de su celo, y vió las cosas segun las representó. Pero tambien es claro, por la dureza de sus espresiones y por la grande importancia que dió á este asunto, que su celo fue muy acalorado, y no estuvo esento de acrimonia. Ahora que se miran á sangre fria esas miserias, ¿qué juicio se formará de su súplica lagrimosa á los pies de Luis XIV, sino que era una escena tan ridicula por